

# AUTOGESTIÓN, AUTONOMÍA E INTERDEPENDENCIA

Construyendo colectivamente  
lo común en el disenso

AUTOGESTIÓN, AUTONOMÍA E INTERDEPENDENCIA  
Construyendo colectivamente lo común desde el disenso

Coordinan la edición: Javier Encina, Ainhoa Ezeiza  
y Sandra Viviana Sánchez

Editán:

Volapük Ediciones. A.C. Libros Volapük  
*www.volapukediciones.blogspot.com.es*

Seminario de Ilusionistas Sociales  
de la Universidad del País Vasco (UPV/EHU)  
*www.ehu.eus/ism*

UNILCO-espacio nómada  
Universidad Libre para la Construcción Colectiva  
*www.ilusionismosocial.org*

Colectivo de Ilusionistas Sociales  
*autogestion.ilusionismosocial.org*

Diseño y maquetación: J. Corrales [kreiva.es]  
Correcciones: Ainhoa Ezeiza y Sergio Higuera  
Ilustraciones: Nahia Delgado de los Frutos

Primera edición: octubre 2017, Guadalajara.  
Impresión: Ulzama Digital (Huarte, Navarra)

Depósito Legal: GU-406-2017  
ISBN: 978-84-947515-0-9



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons  
Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

## Nada para el pueblo pero sin el pueblo

Jesús Ibáñez

*Digo: libertad, digo: democracia, y de pronto siento que he dicho esas palabras sin haberme planteado una vez más su sentido más hondo, su mensaje más agudo, y siento también que muchos de los que las escuchan las están recibiendo a su vez como algo que amenaza convertirse en un estereotipo, en un clisé sobre el cual todo el mundo está de acuerdo porque esa es la naturaleza misma del clisé y del estereotipo: anteponer un lugar común a una vivienda, una convención a una reflexión, una piedra opaca a un pájaro vivo.*

Julio Cortázar

La AVALANCHA de productos *sin* ha acabado arramblando también con la democracia. Café sin caféina, tabaco sin nicotina, cerveza sin alcohol, leche sin crema..., socialismo sin marx, comunismo sin lenin... Y ahora, democracia sin *demos*. Cuando le quiten la *cracia*, que ya se la están quitando, quedaría tal —que diría el finado Zorro— *como un cuchillo sin mango, al que le quitan la hoja.*

## La muerte de Dios

Cuando Dios vivía, Su Acuerdo fundaba todos los valores. Él era la Ley de Valor: decidía lo que era Bueno, en el intercambio de sujetos, lo que era Bello, en el intercambio de objetos, lo que era Verdadero, en el intercambio de mensajes. Él aplicaba la Ley de Valor: si —por ejemplo— uno era sospechoso de delito, se le colgaba una piedra y se lo arrojaba a un pozo; Dios se encargaría de salvarlo si era inocente. Ahora Dios ha muerto, al no haber nadie que nos dé Su Acuerdo, no tenemos más remedio que intentar ponernos de acuerdo entre nosotros.

La propuesta que hacen los que mandan a los mandados se puede condensar en una frase: *Mañana, cadáveres, gozaréis*. Conjuga cuatro oposiciones: tres explícitas (presente/futuro, vivos/muertos y sufrimiento/goce); una implícita —en el hecho de que la frase es un dicho— (dicho/hecho). Nos proponen un contrato leonino: el intercambio del hecho del sufrimiento en el presente de los vivos por un dicho sobre el goce en el futuro de los muertos.

¿Que cómo los mandados entramos en ese juego tan tramposo? Muy sencillo. Los que mandan imparten a los mandados órdenes paradójicas: intrínsecamente paradójicas por autorreferentes (del tipo *No me obedezcas*: si obedezco, no obedezco; si no obedezco, obedezco) o extrínsecamente paradójicas por contradictorias (si por ejemplo, papá me dice: *¡Atízale!* Y mamá: *¡Corre!*, haga lo que haga haré sufrir a papá o a mamá). Ante esas órdenes, el mandado —haga lo que haga— se comportará mal, será culpable, caerá en falta, estará en deuda con los que mandan y en consecuencia asumirá sus deberes. Así, los

explotados en general reconocen una deuda con los explotadores: los que mandan pueden, los mandados deben; los que mandan monopolizan los derechos, los mandados las obligaciones (La Ley González-Roca-Ardanza-Corcuera cubre jurídicamente esta situación: los que no son culpables [es decir: los que mandan] no tienen efectivamente nada que temer).

La propuesta nos la han hecho en lenguajes —sucesivamente— religioso, político y publicitario. En los tres casos, subyace un condicional contrafáctico: se supone que todos somos iguales (como hijos de un mismo Dios, como iguales ante la Ley, como consumidores de los mismos productos). Pero los que mandan son —en los tres sistemas de intercambio— más iguales que los mandados.

En lenguaje religioso, es la palabra de Dios vivo. La propuesta está completa: *Mañana, cadáveres, gozaréis*. El goce se pospone para después de la muerte. En lenguaje jurídico, es la palabra de Dios muerto (cuyo albacea testamentario es el Rey). Si censuramos la oposición sagrada *vivos/muertos*, la propuesta queda profanada: *Mañana, gozaréis*. El goce se pospone a un futuro en la vida. La política es el goce en estado de promesa: después de la dictadura del proletariado vendría el comunismo, después de la modernización vendría el cambio. El lenguaje publicitario, es la (palabra) de Dios inconsciente. La verdadera fórmula del ateísmo es —según Lacan— *Dios es inconsciente*. Si censuramos la oposición profana *presente/futuro*, queda: *Gozaréis*. El futuro queda implícito en la forma-futuro del verbo. Para que nos sea inconsciente la referencia al futuro. Y, como no hay otro futuro que la muerte (por mor del segundo principio), les cambiamos el presente por el futuro, la vida por la muerte.

Dios es más peligroso muerto que vivo. Vivo, se le ve venir. Muerto, no. Nos podemos revelar contra un tirano (*Contra Franco vivíamos mejor*). Pero, ¿contra quién nos revelamos en democracia? Nos tenemos que inventar un tirano: así, atribuimos a González los atributos de Franco. Hay tres aristas en el tetraedro edípico que nos relacionan con tres aspectos de Dios. Papá/nene/mamá se corresponden con Padre/Hijo/Espíritu Santo. Las tres aristas son: padres/hijos, hombres/mujeres y muertos/vivos. El macho, en su doble papel de padre y de marido, es patentemente un tirano. Su tiranía es humana, la de los muertos —latente— es divina. Nos olvidamos de ella como nos olvidamos del Dios muerto (inconsciente). Dios es inconsciente cuando nos olvidamos de la muerte de Dios.

Hemos cambiado de teología. El Dios vivo —y su representante, el Rey— era transcendente y arbitrario: nos sometía por atrición (por vencimiento). El Dios muerto —y su representante, el presidente (elegido por nosotros)— era inmanente y racional: nos sometía por contrición (por convencimiento: el convencido es el que pasa a formar conjunto con el vencedor, el que le da la razón y queda vencido no solo de hecho sino también de derecho). El Dios inconsciente no tiene perfil, no sabemos a qué atenernos con él. Su único perfil es la muerte.

## Consenso y disenso

La ética de la modernidad (o capitalismo de producción) se funda en el consenso, la de la posmodernidad (o capitalismo de consumo) en el disenso.

Para Habermas, epígono de la modernidad, una expresión vale en cuanto sea susceptible de lograr el consenso de

los receptores. Kant codificó esta ética en su imperativo categórico: *Obra de tal modo que tu acción pueda convertirse en norma universal de conducta*. Para Lyotard, profeta de la posmodernidad vale en cuanto sea susceptible de provocar la expresión de expresiones diferentes por los receptores (disenso). Von Foerster ha codificado esta ética: *Elige de tal modo que tu elección tienda a hacer aumentar la variedad en el mundo*.

La palabra *información* articula dos significados: informarse (por la información) y dar forma a (por la acción). La modernidad solo toma en cuenta el primero: información es lo que reduce la incertidumbre de una decisión. La posmodernidad toma en cuenta —también— el segundo. El que se limita a decidir —a elegir una de las alternativas presentes— está dominado por el que trazó esas alternativas. En democracia, los que mandan trazan alternativas (proponen candidaturas), los mandados solo se deciden por una de ellas (votan). Para trazar nuevas alternativas, hay que conjugar dos operaciones: una distinción (una frontera que las genere: en este caso, proponer una nueva candidatura) y una indicación (una preferencia por uno de los lados de la frontera: en este caso, hacer una campaña electoral). En una sociedad de clases, la información es acumulada por los que mandan: se *informan de* mediante observaciones y *dan forma a* mediante acciones. El poder se atribuye el azar (es incontrolable) y distribuye la pauta (controla).

*Ley, lectura y elección* tienen la misma raíz. La lectura es un consumo semántico, la elección uno pragmático, de la Ley. Pero el dictado de la Ley es una escritura: una producción. Kant nos invita a solo leer y nunca escribir: a someter a los demás nuestra razón para que con sus

razones decidan si nuestra razón es razonable. El imperativo categórico es el germen de la democracia totalitaria. De la dictadura de las mayorías. De la *ética de la responsabilidad*.

La oposición mayoría/minoría tiene una representación extensiva (son más o hay mayor número de ellos) y una intensiva (son más o están por encima de nosotros): las mayorías intensivamente dominantes suelen estar extensivamente en minoría. Y, sin embargo, son los que dictan la Ley, los dictadores.

Lo nuevo es, en su origen, minoritario. Las mayorías no producen variedad, producen homogeneidad. Los inventores son disidentes. Si la *ética de la convicción* (que González descalifica llamándola *ideológica*) no prevalece sobre la *ética de la responsabilidad*, la neguentropía quedará sumergida en la entropía. Efectivamente: el capitalismo de consumo está consumiendo la variedad generada por la evolución biológica (desaparecen miles de especies, y está a punto de desaparecer nuestro nicho ecológico) y noológica (desaparece la variedad cultural: tenemos para elegir solo unos pocos platos semipreparados, solo unos pocos libros de chismografía o pornografía, solo unos pocos equipos de fútbol con jugadores pertenecientes a las cuerdas de unas pocas empresas transnacionales, etc.). La *ética de la responsabilidad* nos conduce a un mundo con libertad para elegir entre dos términos diferentes. *Coca* o *Pepsi*. *Madri* o *Atleti*. *Findus* o *La Cocinera*. *González* o *Aznar*.

En nuestro presente hay dos pasados. El pasado que aún está presente: el de los vencedores. El pasado que ya no está presente: el de los vencidos. No hay futuro a partir de este presente: sería un presente repetido. Solo hay



un futuro desde el pasado: recuperando el pasado de los vencidos para dar la vuelta al presente. Reyes Mate acaba de escribir un libro sobre esto: *La razón de los vencidos*. Salimos de la dictadura sin romper el presente, y el futuro que encontramos —*¡Quién nos iba a decir que el futuro era esto!*— era el viejo pasado (el de los vencedores).

Lo Bueno, lo Verdadero y lo Bello han sido abolidos. La política ha borrado la diferencia entre el bien y el mal: lo que vale es tener votos para alcanzar el poder y conservarlo. La publicidad ha borrado la diferencia entre la verdad y la falsedad: lo que vale es vender y para vender hay que sugestionar al comprador —más que convencerlo—. La moda ha borrado la diferencia entre lo bello y lo feo: lo que vale es estar al día sin que importen la forma y el color. En los tres mercados lo que vale es que los mandados hagan lo que les mandan los que mandan.

Saber es recordar. Albiac nos recordaba hace poco que, en griego, lo que se opone a la verdad es el olvido. Verdad se dice *alezeia* y olvido *leze*. Nuestra democracia está edificada sobre una mentira: sobre un pacto de olvido. Lo hemos olvidado todo: en qué se diferencia un pescado fresco de uno pasado, una chaqueta de lana de una de fibra; qué tiene una novela de Delibes que no tenga una de Ozores; qué hacían en la dictadura los militares y policías encargados de defender la democracia... No sabemos nada y —puesto que Dios es inconsciente— ni siquiera sabemos que no sabemos.

No hay futuro si no viene del pasado. Del pasado de los vencidos. Los vencidos que recuerdan el pasado son disidentes. Solo hay futuro desde la disidencia. Solo hay futuro desde el recuerdo. Una democracia sin recuerdos es el olvido de la democracia. La mentira de la democracia.

## Forma y sustancia de la democracia

La democracia tiene una forma —votar— y un contenido —una sustancia— llaman *democracia* a un país donde la gente vota (por ejemplo, El Salvador o Guatemala) y dictadura donde la gente no vota (por ejemplo, Cuba). Aunque el *demos* de Cuba tenga más *cracia*. Ciertamente: la democracia cubana tiene negras sombras, precisamente porque no reconoce como interlocutores válidos a los disidentes; pero de ahí a decir que hay menos democracia que en los países de su entorno...

Hay un sofisma lógico llamado *argumento de las reglas y su aplicación*. Viene a decir: hay que aplicar la regla y no hay que hacer otra cosa que aplicar la regla. Aquí nos han concedido la democracia formal para evitar la democracia sustancial. Hay que votar y no hacer otra cosa que votar. Hay modos de participación política más fuertes que el voto: por ejemplo, la opinión pública o la acción de masas. Cuando la opinión pública y la acción de masas estaban socavando los cimientos de la dominación, cambiaron la forma de gobierno de dictadura a democracia. Votar no es, para nosotros, un derecho sino un deber: nos obligan a votar a cambio de que renunciemos al derecho de opinar (*eso dilo con tu voto en las próximas elecciones*) y de salir a la calle (*se vota con las manos, no con los pies*).

Se vota con los pies. Los que mandan mandan con las manos, los mandados obedecen con los pies. Porque son culpables: en la etapa religiosa, pecadores; en la jurídica, delincuentes; en la publicitaria, extraviados o extravagantes. Tres términos sinónimos: los tres significan *salirse del camino recto que va hacia la derecha*. Pecador —de *pes* + *kho's*— es el que tiene un defecto en el pie —como el

manco lo tiene en la mano o el ciego en los ojos—. Delincuente —de *de + linquo*— es el que abandona el deber (trazado por el camino recto). Extraviado es el que se va por otra vía, extravagante es el que se sale de la vía. Siempre modificados, medidos: primero moldeados por la moral, luego modelados por la Ley (*mos* y *lex* tienen significados semejantes), finalmente modulados por la moda. Votar es un modo de marcar el paso. Los que mandan se comunican con los mandados mediante juegos de lenguaje del tipo pregunta/respuesta. Como las elecciones. El que manda puede preguntar lo que quiera, el mandado debe responder a lo que le preguntan. Así se distribuyen el poder y el deber.

Se concede democracia a un pueblo para evitar una revolución. La democracia que nos conceden es un antídoto contra la democracia: democracia formal contra democracia sustancial. Cambiamos la libertad real por la igualdad imaginaria: la igualdad de votar y —con la Ley de Seguridad Ciudadana— la igualdad de ser todos culpables.

Nuestra democracia es representativa. Los que mandan representan a los mandados. Solo hay que representar a lo que es impresentable. Por eso, las mayorías dominantes representan a las minorías oprimidas. Serres ha formulado el teorema central de la representación: *Sea un conjunto que produce un subconjunto que produce una ley, y el subconjunto por ella reproduce el conjunto*. En el orden biológico el subconjunto está hecho de soma y tiene una eficacia real: las leyes están presentes y no representadas. En el orden noológico está hecho de sema y tiene una eficacia solo imaginaria: las leyes están representadas (son Leyes imaginarias). Por ejemplo: sea un conjunto (árbol)

que produce un subconjunto (semilla) que produce una ley (ácidos nucleicos), y el subconjunto (semilla) por ella (ácidos nucleicos) reproduce el conjunto (árbol); sea un conjunto (pueblo) que produce un subconjunto (parlamento) por ella (Ley electoral) reproduce el conjunto (?). En el caso del parlamento, el pueblo no se reproduce a través de los elegidos: se suicida. Los mandados —electores— son solo un trampolín desde el que se lanzan hacia arriba los que mandan —elegidos (y nunca mejor dicho)—. Al estar las leyes noológicas representadas, entre la observación y la acción media un intérprete que lee (codifica los procesos dinámicos en enunciados lingüísticos) y escribe (ejecuta las descripciones lingüísticas en hechos de procesos dinámicos). Al interpretar la Ley nos dan el cambiazo. En una sociedad regulada en lucha de clases —una regla de juego que hace que uno de los jugadores siempre gane y el otro pierda siempre—, la información se acumula en la cúspide, la neguentropía en la base. Los representantes parlamentarios son los cambiadores de los flujos de información y neguentropía: para que la información no baje y la neguentropía no suba. Los mandados pueden decirlo todo con tal que su decir no haga nada. No extraen información de la cúpula: una vez elegidos sellan un pacto de silencio (hay que salvar los secretos de Estado). No inyectan neguentropía en la cúspide: en las elecciones, la fuerza de los electores se disipa en rito (no queda ninguna para controlar a los elegidos).

La participación de los ciudadanos en un rito electoral debe limitarse a responder a las preguntas que les hacen: a elegir entre los candidatos que les proponen, sin que ellos participen para nada en la propuesta. Ni siquiera

los militantes de cada partido participan: las listas son cerradas por la cúpula de cada partido. Hay que elegir entre términos indiferentes; nada más seguro que la alternancia en el poder de dos partidos (casi) idénticos: para que haya reversibilidad, para que estemos en el mismo punto al empezar y al acabar la función. Ni Fraga, ni Suárez, ni Leguina, ni Anguita tienen vela en este entierro: son demasiado diferentes, no pasan el filtro del consenso. Están condenados a la acción testimonial; a un decir que no hace. Pero incluso la elección entre candidatos indiferentes está manipulada. Sobre los electores presionan terribles campañas de propaganda electoral que, como apenas existen medios alternativos de comunicación (los últimos en caer han sido las radios libres), y como a las alternativas reales les está vedado el acceso a los medios de formación de masas, empujan todas (casi) en el mismo sentido. Impulsan al voto útil, al voto del miedo: si votas al que va a ganar, ganarás; si votas al perdedor, prepárate.

### Ni «demos» ni «cracia»

Se habla mucho de pragmatismo de nuestro presidente de Gobierno. ¿En qué consiste? Simplemente ha comprendido que el único modo de permanecer en el Poder (imaginario) es renunciar al poder (real).

Cuando los tres mercados —de objetos, de sujetos y de mensajes— desembocan en un mercado global, arrasan los mercados locales. Deleuze y Guattari afirman que, en esa situación, solo caben dos políticas alternativas: un polo liberal (o totalitario) deja que los mercados locales sean anegados con el global; un polo socialdemócrata (o reformista) intenta salvar los mercados locales.

Nuestro Gobierno ha ido soltando lastre. Primero, el lastre *revolucionario* (los socialistas siempre se adelantan a los comunistas en la carrera hacia la derecha: y eso les salva de ser arrollados). Luego, el lastre socialdemocrático (los socialdemócratas del PSOE están a punto de desaparecer por los desagües). Nuestros mercados locales han sido anegados por el mercado global. En el mercado de objetos el país está en almoneda: las empresas transnacionales han comprado a precio de saldo las nacionales (solo Gil y Gil resiste). En el mercado de sujetos, solo sobreviven los partidos políticos al servicio de las transnacionales (el PP está muy apegado al capital nacional —es lo más socialdemócrata que tenemos—, Izquierda Unida al trabajo nacional —es lo más revolucionario que nos queda—). En el mercado de mensajes, los culebrones, las series cómicas sin gracia y los telefilmes filopoliciales inundan nuestras neuronas de mierda. Los «psocialistas» dicen que no hay alternativa a ellos: solo ellos son capaces de ajustar sus acciones a los dictados del ordenador en Washington al que están enchufados (como vaticinó Manuel Vicent en 1982).

Mirad por dónde, todos somos otra vez iguales. Los que mandan son mandados por instancias más altas. Nunca el *laissezfaire*, *laissezpasser* tuvo vías más libres. El gobierno solo está para despejar esas vías. La *libertad de expresión* exige respeto al insulto (¿de qué modo sabrían expresarse nuestros diputados?) y la agresión (¿de qué otro modo se podrían expresar nuestros fascistas de derecha, centro o izquierda?). La libertad de *asociación* exige respeto a las sectas y las mafias. La libertad de *comercio* exige respeto al narcotráfico y al comercio de armas. Una Ley de Gresham generalizada: la mala moneda expulsa a la buena.

## Manifiestamente mejorable

Nuestra democracia es, pues, manifiestamente mejorable.

Caben mejoras parciales y mejora total. En una sociedad regulada en lucha de clases solo pueden ser parciales: no hay democracia posible mientras las relaciones sociales sean asimétricas. Pero...

No estaría mal que: las listas electorales fueran abiertas, se suprimiera la Ley d'Hont, se controlara la financiación de los partidos, se arbitraran procedimientos para revocar el mandato de los elegidos que incumplan sus promesas electorales, se restableciera la división de poderes del Estado... Son parches, pero permiten ir tirando hasta que cambie la rueda. Son parches socialdemocráticos (que, naturalmente, solo recomiendan conservadores como Herrero de Miñón).

Pero la madre del cordero está en otra parte. En una sociedad regulada en lucha de clases las relaciones son de jefe a subordinado. En una sociedad democrática no habría jefes ni subordinados: las relaciones serían de igual a igual.

Freud investigó el origen de la socialidad. ¿Cómo es posible el lazo social, si tiene que vencer el narcisismo —la tendencia psíquica más fuerte—? Encontró la solución en el jefe. En el jefe se refleja el amor narcisista de sí a sí: todos aman al jefe y el jefe ama a todos con el mismo amor. Cuando el jefe desaparece, añade, sobreviene el pánico. Y el lazo social se deshace. Pero el pánico puede ser también lazo de unión. Jefe y pánico son dos singularidades topológicas: dos puntos exteriores a una colección de individuos, que permiten la transformación de la colección en conjunto (de modo que los elementos se

mantengan juntos). En el caso del jefe, el deseo individual se pone a distancia de sí mismo: se distiende para pasar por el jefe. En el caso del pánico, es el deseo grupal el que se pone a distancia de sí mismo: el grupo se sostiene del deseo de grupo. En un momento revolucionario, prerrevolucionario o pararevolucionario, se derrumban las barreras que separan a los unos de los otros, y todos pueden conservar simétricamente de todo con todos —también compartir bienes y servicios—.

La solución del jefe es estable, la del pánico inestable. Un Napoleón, un Stalin o —dentro de su pequeñez— un González acechan detrás de cada revolución. No habrá democracia mientras no logremos estabilizar el pánico.

A la estabilización del pánico, le llaman anarquía.

A la lógica aristotélica ( $A = A$ ) se opone la lógica taoísta ( $A = A + \text{no } A + A$  y  $\text{no } A + \text{ni } A \text{ ni } \text{no } A$ ). La lógica aristotélica es excluyente, la taoísta inclusiva. Permite —como decía Klossowski— el paso de un sujeto por todos los predicados posibles. Una sociedad bien ordenada debe conjugar jerarquía ( $A$ ), heterarquía ( $\text{no } A$ ), poliarquía ( $A + \text{no } A$ ), y anarquía ( $\text{ni } A \text{ ni } \text{no } A$ ). Solo si la anarquía es el fondo del que los demás componentes se alimentan, la sociedad será democrática.

Si los científicos duros han estabilizado las reacciones nucleares (primero la fisión, ahora la fusión), los científicos blandos pueden estabilizar el pánico. Para lograrlo tendrán que arriesgarse a la disidencia.